

HISTORIA MÍNIMA
DE LA LITERATURA MEXICANA
DEL SIGLO XIX

Christopher Domínguez Michael



EL COLEGIO DE MÉXICO

SUMARIO

| | | |
|---|--|-----|
| I | | |
| La Arcadia de México y su fraile poeta (1805-1812) | | 11 |
| II | | |
| El súper Periquillo (1812-1827) | | 29 |
| III | | |
| La era de Bustamante (1805-1847) | | 53 |
| IV | | |
| Justicia para Heredia (1803-1839) | | 67 |
| V | | |
| La Academia de Letrán y su leyenda dorada (1836-1840) | | 97 |
| VI | | |
| Maestros liberales en la guerra perpetua (1846-1867) | | 135 |
| VII | | |
| <i>El Renacimiento</i> , salida en falso (1869) | | 173 |
| VIII | | |
| En honor de Vicente Riva Palacio (1863-1882) | | 187 |
| IX | | |
| El imperio de la novela (1864-1903) | | 197 |
| X | | |
| Suspiro romántico (1873-1888) | | 217 |

| | |
|---|-----|
| XI | |
| El modernismo, verdadero renacimiento (1888-1912) | 231 |
| XII | |
| El fin del antiguo régimen (1913): la contrarrevolución de los poetas | 265 |
| Conclusión | 293 |
| Bibliografía | 309 |

I
LA ARCADIA DE MÉXICO Y SU FRAILE POETA
(1805-1812)

Las no muy numerosas historias de la literatura mexicana suelen comenzar con el año de 1805 y ésta no será la excepción. En aquel año, el 1 de octubre, nació el *Diario de México*, el primero del país, cuya edición se prolongaría hasta el 4 de noviembre de 1817. Ese periódico no sólo antecedió al levantamiento de 1810, considerado como el inicio de la Independencia, sino que también atravesó buena parte de la guerra y la reflejó, así fuese con opacidad, debido a la censura previa (ejercida, a veces, por los virreyes en persona) y a las frustrantes consecuencias de la breve libertad de prensa decretada en 1812.

Así que la literatura mexicana, según la mayoría de los historiadores, nació antes que el país bautizado como México y, para bien y para mal, nació hecha con esa escuela a la vez académica y periodística que fue, según acabaré por concluir, un movimiento caracterizado por la innovación retrógrada, el concepto propuesto por el crítico francés Villemain en 1840. Había, desde luego, diferencias entre los fundadores. Significativamente, Jacobo de Villaurrutia (1757-1833), natural de Santo Domingo, apostaba por introducir en el periódico la reforma fonética ortográfica que más tarde impondría Andrés Bello en Chile, a lo que se opuso Carlos María de Bustamante (1774-1848), siempre más conservador.

Los poetas de la Arcadia de México, como se llamó esa sociedad por imitación de sus antecesoras en Italia y en la península ibérica, acicateados por fray Manuel Martínez de Navarrete (1768-1809), hicieron del *Diario de México* un periódico en buena medida literario durante toda su primera época, terminada en 1812. Este inicio brillante, a plena luz del día y que encarnaba lo entonces moderno de nuestra poesía provocó escaso orgullo entre los románticos mexicanos y sólo alguna consideración entre los historiadores extranjeros. A lo largo de los siglos XIX y XX se nos ha hecho creer, dicho sea sin eufemismos ni cortesías, que la

poesía mexicana nació medio muerta, obra de imitadores sin talento, autores capaces de ser tiernos y melancólicos o de firmar sátiras “nauseabundas, tabernarias y asquerosas”, como lo afirmaron Guillermo Prieto y José Tomás de Cuéllar.

Más allá de exigirle a los árcades las peras del olmo, es decir, que pensarán como románticos, Prieto, con tino, se imaginaba que la “semi-barbarie azteca”, omitida del todo por ellos en su elogio del terruño, le habría interesado mucho a James Macpherson (1736-1796), el inventor del mítico bardo gaélico Ossian, o a Chateaubriand. Y sin dar su nombre, Prieto caricaturizaba al fraile Navarrete utilizando las máscaras y los pseudónimos propios de los bucólicos, como “un Batilo de calzón corto y peluca, escribiendo en la arena requiebros; un Menalcas que andaba a salto de mata por una Cloris incivil y desdeñosa; las flores naciendo donde pisaban Filis y Clorila; y los cánticos a los lunarillos, a los falderos, a las palomas, a los polluelos, ésta era aquella candorosa poesía escrita sin fe y sin sentimiento”.

Cuando despreciamos a poetas como Martínez de Navarrete o Meléndez Valdés, su guía, lo hacemos por razones estéticas e históricas fatales, pero también por ignorancia. Lo “virgilioso” nos produce repelús, porque, como dice el poeta y narrador mexicano Fabio Morábito en su bello ensayo sobre el bucolismo, el pastor, como figura literaria, no está facturado para dialogar: actúa como mero transmisor de un discurso, nunca parece cumplir con las obligaciones que solemos esperar de un personaje creador.

También es un asunto que ha acabado por ser de ignorancia nuestra, insisto: a menudo ni siquiera sabemos quiénes son los personajes mitológicos que los bucólicos citan como si fueran no sólo sus hermanos o sus primos, sino además hombres y mujeres de la más absoluta actualidad, casi periodísticos. *Las aventuras de Telémaco* (1699), el libro didáctico escrito por el arzobispo Fénelon para la educación de los jóvenes príncipes, y uno de los más traducidos en el planeta hasta 1914, hoy sólo puede ser disfrutado por especialistas o por esas raras personas actualmente versadas en las humanidades clásicas. Los demás lectores, hace más de un siglo privados de las culturas griega y latina como el sustento de la educación, encontramos fastidiosa una literatura que nos obliga a recurrir a los diccionarios mitológicos cuando en 1805 era popular, tan popular que el *Diario de México* la tenía como su principal

oferta de ilustración y entretenimiento. Casi treinta años después, José María Heredia, en *Miscelánea*, una revista ya moderna de literatura, insistía publicando “Cartas sobre la mitología”, angustiado porque las nuevas generaciones, ígnaras debido a los trastornos revolucionarios, pudieran perder ese saber. Lo perdieron. Lo perdimos.

Colapsado por la revolución, al edificio neoclásico acabaron por incendiarlo las nuevas generaciones, al grado de que cuando Victor Hugo hizo su célebre prólogo al *Cromwell* en 1827, de todo aquello sólo quedaban cenizas. Con la misma inclemencia con que Voltaire perseguía a Shakespeare, o de los españoles y novohispanos obsesionados con borrar a Góngora de la faz de la tierra, los neoclásicos de todas las especies sufrieron la más resuelta abominación, que incluyó a los primeros románticos franceses, como Madame de Staël y Chateaubriand.

“La literatura de los antiguos es, entre los modernos, literatura transplantada”, concluirá Marcelino Menéndez Pelayo (1859-1912), destacando lo difícil que era encontrar hacia 1805 algo nuevo diferente al zurcido de retazos en el manto de Racine. Tan condenada estaba esa literatura que de sus grandes estrellas poéticas no queda gran cosa: nadie lee a Ossian, ni a Salomon Gessner y ni a Edward Young, representantes de tres de las grandes escuelas neoclásicas, la épica, el idilio bucólico-pastoril y la poesía sepulcral.

La colosal impostura de Macpherson tuvo poco predicamento en la Nueva España, y cuando llegó el momento de mitificar, a la manera romántica, a los guerreros aztecas —a partir de 1821 ésa será la intención de Bustamente—, la hora ossiánica ya había pasado. Mayor suerte tuvo Gessner, suizo de lengua alemana, quien conquistó al mundo con sus *Idilios*, aparecidos entre 1756 y 1772, representativos de una poesía pastoril de la cual salieron los cromos dizque alpinos que adornarían las casas, en adelante, de la clase media. Hubo una época en que visitar a Gessner en su cantón natal de Zúrich era tan apetecido como dejarse ver por Ferney saludando a Voltaire. Buen burgués que había sido librero, Gessner pertenece a una clase de escritores mediocres, quienes, al encarnar la familiaridad del presente, son imitados sin descanso, a diferencia de los autores verdaderamente grandes.

Fiel a la moda, el *Diario de México* anunció, por ejemplo, una de las muchas traducciones de Gessner al español, la de *La muerte de Abel, o el fratricidio* (1803), libro que Mariano José de Larra todavía veía expuesto

en las librerías de Madrid hacia 1835. Pero Gessner no dejaba de ser un autor mal visto en la Nueva España, por su muy contenido erotismo o por la libertad que se tomaba con las tramas bíblicas. Gessner, también en el *Diario de México*, fue utilizado por Sánchez de la Barquera, como ejemplo de que, más allá de la versificación, había poesía en la prosa. Friedrich Schiller, en una página de *Poesía ingenua y sentimental* (1798), improbablemente leída por los árcades novohispanos, le reprochaba a Gessner su indecisión entre la poesía y la prosa, culpándolo de temer que el verso lo alejara demasiado de la naturaleza real y que la poesía le hiciera perder su vuelo poético. Sus personajes, se ha dicho, al menos eran tiernos y auténticos.

Finalmente, el poema de Young se paseó por la Península por medio de las obras de Cadalso (con las *Noches lúgubres* de 1789-1790) y de Juan Meléndez Valdés (autor de un *Tristémio, diálogos lúgubres, en la muerte de su padre*, manuscrito perdido), y tuvo, en el fraile novohispano Navarrete, a uno de sus lectores, quién lo hubiera creído, perdurables. Todavía alcanzó a manifestarse Young en un admirador de su moralidad protestante, José Joaquín Fernández de Lizardi, quien lo menciona en la primera parte de *El Periquillo sarniento* y tituló *Noches tristes y día alegre* (1818) a su corrección caritativa y optimista de Cadalso. De hecho, Young nunca se extinguió: mutó en otro leidísimo poeta, Lamartine, quien comienza así, “Nuit funeste!”, una de las partes de su “Jocelyn” (1836).

Una vez que bajó la marea en el mundo que había regido Napoleón, esa literatura, escrita en una época obsesionada por la imitación y no por la originalidad, fue juzgada como una ruina de Poussin, una suerte de liturgia paralela y mnemotécnica regida por academias vetustas, inscripciones de ocioso desciframiento y arcadas banales. El romanticismo, nutrido por Ossian, Gessner y Young, los borró de su armorial, prefiriendo como ancestro a Rousseau.

¿Qué se conocía de todo aquello a través del *Diario de México*? ¿Eran tan neoclásicos aquellos premexicanos en sus lecturas? Gracias a Ruth Wold, la historiadora que sacó al *Diario de México* del panteón hemerográfico, y a otros indexistas, algo sabemos de los libros anunciados, mentados y reseñados en aquel primer periódico de la Nueva España entre 1805 y 1808. Los poetas y críticos del *Diario de México*, según lo ha mostrado Esther Martínez Luna, se autorretrataban en las páginas de